

VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del
MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2015.

La estructura espacio-temporal del goce como matriz de intervenciones posibles en las psicosis.

Sourigues, Santiago.

Cita:

Sourigues, Santiago (2015). *La estructura espacio-temporal del goce como matriz de intervenciones posibles en las psicosis. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-015/849>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/epma/RKn>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA ESTRUCTURA ESPACIO-TEMPORAL DEL GOCE COMO MATRIZ DE INTERVENCIONES POSIBLES EN LAS PSICOSIS

Sourigues, Santiago

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

En este trabajo, tendremos por objetivo analizar el goce en relación a su estructura espacial y temporal y el modo en que estas modalidades del espacio y del tiempo se presentan en momentos de gran expansión de los delirios. A partir de ello, buscaremos delimitar un marco para intervenciones clínicas posibles que dichas modalidades habilitan. Dos serán pues las hipótesis principales que guíen el curso de nuestras elaboraciones. En primer lugar, que el goce se presenta en los delirios en ciertos modos característicos en los momentos en que estos se despliegan indefinidamente sin alcanzar un punto de estabilización que los pacifique y los acote bajo la forma de una metáfora delirante. En segundo lugar, por ende, que las intervenciones del analista cuya direccionalidad tenga como blanco tales modalidades espacio-temporales, constituyen una vía posible de orientación del delirio para dicha enmarcación estabilizadora. A los fines del análisis propuesto, emplearemos como articuladores una serie de viñetas de casos clínicos, las cuales serán el punto de partida de nuestros desarrollos subsiguientes.

Palabras clave

Goce, Espacio, Tiempo, Intervención

ABSTRACT

THE TIME-SPACE STRUCTURE OF ENJOYMENT AS A FRAME FOR POSSIBLE INTERVENTIONS IN PSYCHOSES

In this work, it is our objective to analyse enjoyment in relation to its spatial and temporal structure and the mode in which such modalities of space and time present themselves in moments of great expansion of delirium. From this starting point, we aim at building a frame for possible clinical interventions which these modalities enable. Thus, we posit two main hypotheses. First, that enjoyment presents itself in delirium in certain characteristic modes in moments in which the latter unfolds indefinitely without reaching a point of stabilisation which pacifies and delimits it. Secondly, that therefore, interventions of the analyst whose directionality aims at such time-space modalities constitute a possible way of orienting delirium towards such stabilising circumscription. According to our objective, we make use of a series of excerpts from clinical cases as articulators of our developments.

Key words

Enjoyment, Space, Time, Intervention

La negativización del goce y el sujeto

En su *Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*, Lacan explica que “es la hiancia de un vacío la que constituye el primer paso de todo su movimiento dialéctico [el del orden simbólico]” (Lacan, 1954). Entendemos por ello que es a partir de un agujero que cava lo simbólico en lo real que se constituye la dialéctica del sujeto, dado que en lo real, *per se*, nada falta, y si hay tal falta, sólo es por medio del orden simbólico que la introduce como tal.

Por otro lado, la negativización de goce que instaura un vacío como condición de posibilidad de la dialéctica del sujeto (con la movilidad dialéctica de lo simbólico que lo distingue de la inercia de lo real del goce indialectizable de los fenómenos de retorno en la psicosis) promueve, como contraparte de la pérdida que instaura, lo que Soler denomina una *condición de complementariedad* (2012, pág. 36) a la mortificación de *das Ding* (la Cosa), elevando el objeto al lugar de recuperación posible de una parte del goce mutilado por acción del lenguaje, condicionando así los caminos de la búsqueda del plus-de-gozar (Soler, *Ibid.*).

Esto mismo leemos en Freud en el *Proyecto de psicología* (Freud, 1950 [1895]), en donde señala que es la búsqueda de establecimiento de identidad perceptiva del objeto perdido de la vivencia de satisfacción (que no es otro que *das Ding*[1], el objeto asimismo de la vivencia de dolor) aquello que lanza al sujeto por los caminos de la realidad, constituyendo a esta bajo la forma de un *rodeo para el cumplimiento del deseo*.

Nótese en este punto, la digresión temporal implicada por el sustantivo elegido por Freud: la realidad se configura como un *rodeo*. Huelga remarcar que Freud fundamenta con una referencia a las psicosis la constitución de la realidad. He aquí un primer hito: el hecho de que la realidad es co-extensiva del *aplazamiento temporal* del reencuentro con el objeto perdido. En las psicosis, pues, esta pérdida de identidad perceptiva que lanza la búsqueda de restablecimiento de identidad de percepción del objeto no se produce. En cambio, se reinvierte regredientemente la huella del objeto por medio del circuito más corto de la alucinación, lo que descarta así la posibilidad de constitución de la *realidad como rodeo* que apunta a *das Ding* en su horizonte. Es decir, en las psicosis *permanece* no-negativizado aquel objeto que en la neurosis es mortificado y luego promovido como lugar de recuperación. Esto mismo instaura una *modalidad particular de vivencia/experiencia (Erlebnis) del tiempo*, en tanto la realidad no se constituye como el camino donde el rodeo dé lugar en un momento siguiente al reencuentro. Es decir, la realidad pende de una configuración libidinal particular, por la cual esta se soporta al ubicar al objeto en su horizonte. *No hay realidad digna de ser caminada que no sea aquella cuyas sendas sean las del reencuentro deseado*. Al respecto, Lacan señala: “Sin algo que lo alucine como sistema de referencia, ningún mundo de la percepción llega a [...] constituirse de manera humana.” (Lacan, 1960, pág. 68)

Es en este mismo sentido que este objeto es definido como no mundano o a-cósmico (Lacan, 1963, págs. 39-52). Es pues el que encontramos como *a* en el matema del yo como $\hat{I}(a)$, es decir, objeto a-cósmico por fuera del circuito de los objetos mundanos de la llamada realidad objetiva. El velamiento de este objeto, tal como muestra el matema por medio del paréntesis, es condición de posibilidad de dicha realidad, es decir, de lo que lacan denomina “la estructura ontológica del mundo humano” [2] (Lacan, 1949, pág. 100). De este modo, el tiempo y el espacio objetivos son pues modalidades de vivir el objeto [3] en tanto velado o des-conocido.

Con estas referencias sobre la relación entre la modalidad de vivir/experienciar (*erleben*) el objeto en la neurosis (realidad objetiva) o en la psicosis (delirio o alucinación [4]) y sus configuraciones libidinales correspondientes, podemos ubicar que si el objeto se encuentra aplazado temporalmente y expulsado/desalojado [5] en la realidad objetiva (delirio compartido de la neurosis), en el delirio el objeto se presenta respecto del espacio y del tiempo en formas antitéticas. Espacialmente, como no-localizado [6] (“aquí pero asimismo en todos lados”, podríamos decir) y temporalmente como ya-presente pero asimismo como siempre-presente. Estas dos formas las podríamos formular conjuntamente como un “siempre-aquí”. Creemos pues, encontrar en este punto la razón por la cual los delirios (ya sean erotómanos, persecutorios, etc.) no toman ni configuran objetos azarosos, sino con una realidad espacial y temporal muy particular, pues son eminentemente *omniscientes y sempiternos*.

Por último, cabe destacar el *valor estructural* de estos desarrollos, en tanto el alcance de su validez no se limita a los primeros momentos de estructuración psíquica (no se reduce pues a una mera suerte de mitología sobre el origen del sujeto), sino que se hallan en el basamento de una serie de fenómenos que nos provee la clínica como *condición de posibilidad de un análisis* [7], tal y como expondremos en las viñetas que siguen. El agujero en el Otro -ese vacío primordial cavado por lo simbólico, adonde habrá de dar su primer paso la dialéctica del orden simbólico- erige un lugar vacío para el advenimiento del sujeto. Dicho advenimiento, por ende, no viene dado, sino que es efecto de la dialéctica del significante que este agujero mismo mediatiza, y que deviene, por ello, *condición estructural de posibilidad de sujeto*.

Proponemos, a continuación, explorar una serie de intervenciones con estos ordenadores conceptuales.

Cristina y el amor imposible de Jesús [8]

Cristina concurre a una consulta a Consultorios Externos de un hospital con una serie de síntomas de tipo agorafóbico y pánico, presentando un complejo sistema delirante, en el cual los personajes principales son El Diablo (en singular), los diablos (en plural, distintos de “El Diablo” por antonomasia) y Jesús. Explica que el Diablo la persigue porque ella es la esposa de Jesús, la elegida de Cristo. Ella es la esposa y lo desea como hombre. No consiste en una unión sólo espiritual, sino que “ella ansía que Jesús la abrace y la toque como un hombre hace con una mujer”, lo que constituye para Alomo un factor desestabilizador principal. La misión de Cristina es entonces acompañar a Jesús en el Armagedón para ayudarlo a derrotar al diablo y luego darle hijos.

Seguidamente, Alomo aísla dos puntos cruciales de la relación de Cristina con Jesús, quien aparece como *factor estabilizador* cuando, encarnado en un compañero de trabajo, ofrecía a la paciente “la vivencia de estar frente a un semblante amoroso”, en tanto se comportaba amable y cálidamente. Contraparte de ello, es que Jesús también pudiera aparecer como *factor desestabilizador*, cuando aquel en quien se encarnaba, dicho compañero de trabajo, se mos-

traba enojado o desatento, ante lo cual se desataban crisis de angustia psicótica con una intensificación de la persecución diabólica. Narra que cuando este compañero la miró “con malas intenciones” y la invitó a un albergue transitorio, concluyó que Jesús se había retirado para siempre de él, lo que la lanzó a una larga búsqueda de Jesús, de una encarnación de él.

Es en este contexto de desasosiego y desamparo ante la ausencia de Jesús, que cierto día Cristina dice haber visto una novela en la que un hombre casado está enamorado de otra mujer pero “es un amor imposible”. “¿Cómo el suyo?” pregunta el analista, agregando que conoce hombres que se enamoran de otras mujeres pero que debido a los compromisos previos que contrajeron, su amor deviene imposible. En este punto, le pregunta a Cristina si está bien cumplir los compromisos previos asumidos, apelando a su moral católica, a lo que ella responde que sí, que primero está la familia. A ello el analista agrega: “Hay amores imposibles, y si bien esos amores existen [el analista se aproxima con cuidado a este delicado punto del delirio], es necesario que nunca se cumplan. Hay cosas que es mejor para todos que nunca ocurran.” Esta realidad paradójica que la intervención del *amor imposible* introduce, al no desconfirmar el delirio pero al mismo tiempo aplazando indefinidamente su consumación por medio del amor que *nunca* se cumplirá, constituye un punto sumamente estabilizante. Retomaremos ello luego.

Abel y la suspensión temporal del pasaje al acto

Luego de diecisiete tratamientos y diez internaciones, Abel asiste solo a la guardia del hospital y es derivado a un analista, ante quien, presentándose como “bipolar”, dice que consulta para “explorar su sexualidad”. Al profundizar su relato sobre su historia personal y familiar, refiere que hay algo que “cuando tenga más confianza, te lo cuento. Pero me tenés que prometer que no se lo vas a contar a nadie”. Más adelante, una vez establecido tal trato de confianza, introduce al “hombre más poderoso del mundo”, “Mac”, quien maneja “los títeres (los doctores)” y comanda los hilos que lo dejan por fuera del acceso a las mujeres. Además, Mac lo priva también del acceso al dinero y al mundo laboral. Vale decir, lo deja por fuera de los circuitos sociales del intercambio, por fuera del lazo social. A propósito de Mac, por cierto un hombre mayor, agrega: “¡Ya me lo voy a cruzar...!”

En tal marco, un día concurre muy alterado al hospital diciéndole al analista que “Se acabó. Voy a buscarlo [a Mac] y lo voy a matar”, ante lo cual el analista le responde que dado lo que le relató, este hombre es alguien realmente poderoso, que como analista suyo, temía que éste fuera demasiado fuerte y que por lo tanto creía este no era el momento más conveniente para enfrentar a alguien con tales características. Esta intervención del analista, que inserta el delirio en una temporalidad determinada (que podríamos formular como “Este no es el momento más conveniente; tal vez más adelante; en otro momento...”) detiene el desenfreno de Abel, quien aplaza el pasaje al acto y prosigue su trabajo en análisis. Volveremos luego sobre ello.

La barrera espacial al goce

Lucio concurre a una consulta en un hospital y es derivado a un analista. Afirma que su mujer va a venir a destruir su tratamiento, el último bastión de lo suyo, de lo que tiene. Agrega que va a venir y va a gritar y que, al cabo de armar un escándalo, lo va a hacer internar. A ello el analista le dice que sólo los médicos pueden decidir una internación y que ella no es médica y que en el peor de los casos, lo que podría generar su escándalo sería un poco de vergüenza, que podrá hacerle perder prestigio profesional ante los

colegas del hospital, pero que de ahí a destruirlo hay un gran paso. En relación a esto, el paciente exclama: "Usted no sabe de lo que es capaz ella". A lo que el analista responde que no, que no sabe, pero que si armara un escándalo en el hospital, se le pide al personal de seguridad que la retire y listo. Agrega: "Acá estamos en un Hospital. No se puede hacer cualquier cosa. Aparte, entre nosotros, Lucio, si arma un escándalo acá, en un Hospital de emergencias psiquiátricas, quizás termine internada ella." Y en tono cómplice, ironiza: "Ni usted ni yo elegiríamos un hospital psiquiátrico para hacer los escándalos, ¿no le parece?". Seguidamente, Lucio sonríe y le dice: "¡No! ¡Ni loco!", tranquilizándose y prosiguiendo luego su relato.

Barrera espacial y aplazamiento temporal del goce

En estas tres viñetas introducidas, planteamos la existencia de un mismo denominador común: la limitación del goce por medio de la inserción de éste en un marco espacial o temporal circunscripto, lo que pacifica el delirio y detiene su proliferación. Este agujero que la intervención del analista cava en el goce del Otro perseguidor (recordemos que la paranoia identifica al goce en el lugar del Otro como tal) -esta negativización de goce que la intervención opera (diametralmente opuesta de la producida por la Metáfora Paterna)- replica la misma secuencia estructural desarrollada en el primer párrafo: es la negativización de goce, la mortificación de *das Ding*, aquello que lanza al sujeto por los caminos de la dialéctica del significante. La intervención está en viene al lugar de la negativización ausente. Lo verificamos en las tres viñetas: luego del surgimiento del vacío que delimitan, el delirio se pacifica y comienza la dialéctica significativa, es decir, se constituye la posibilidad de advenimiento de un sujeto[9] ahí donde antes había una certeza autorreferencial del significante en lo real al ser de goce del sujeto(es decir, a *das Ding*[10]), lo que detenía la dialéctica[11].

En lo concerniente al espacio en particular, esta acotación del goce adoptó en Lucio la forma de la *barrera espacial*. Tal barrera introducida por la intervención genera aquí una distribución de lugares dentro de los cuales le resulta posible (o no) inmiscuirse al Otro en cuyo lugar el goce es identificado. Los puntos y lugares de acceso imposible para tal Otro constituyen un hito de negativización de goce (si bien, claro está, esta negativización no supe de ningún modo los efectos de la Metáfora Paterna respecto del goce), pues vemos cómo el perseguidor pierde por medio de la intervención algo su *omnisciencia*. Delimita así un vacío que es condición estructural de posibilidad de la dialéctica del sujeto. Luego del coto a ese goce que destruye todos sus lazos sociales, Lucio comienza a "dialectar" con el analista.

Respecto del tiempo, esta circunscripción del goce se presentó en Cristina y en Abel bajo la forma del *aplazamiento temporal*, sin negar certidumbre al delirio, pero aplazando el momento en que este haya de consumir sus expectativas. Ello no deja de guardar ciertos puntos en común con la "asintotización" del goce de Dios en el delirio de Schreber, en relación al cual Soler (Soler, 2004, pág. 67) señala que hay dos equivalentes de la barrera al goce distintos de la falta propia del deseo: la de la discontinuidad del goce, y la de su aplazamiento hasta el infinito. No obstante, tal aplazamiento aparece junto con otros elementos estabilizadores, tales como un ciframiento posible del goce hallado en la cópula con Dios para la renovación de la humanidad, lo que dificulta una apreciación más directa del efecto estabilizador del aplazamiento temporal *per se*.

De todos modos, en los tres casos apreciamos una enmarcación alternativamente espacio-temporal de aquello que se presentaba como *sempiterno* y como *siempre-presente*, formulable acaso por medio de un *no-al-menos-por-ahora*. Respecto de los efectos de ambas in-

tervenciones, nos anoticiamos de que tanto en Cristina como en Abel la intervención del analista en esta dirección pacifica el delirio y relanza la dialéctica del significante. La misma erige un lugar vacío ahí mismo donde el goce emergía indialectizable por fuera de la cadena antes de que la intervención operara sus efectos. Tal lugar vacío (de goce) es entonces un lugar para la dialéctica significativa, en el que el sujeto habrá de advenir como efecto de su decir.

Por último, estas dos vías posibles de intervención nos interpelan respecto del lugar para el analista en las psicosis, en tanto sus medios posibilitan una elaboración del goce por los medios del significante en el seno de un lazo social al que dan lugar por la pacificación que mediatizan.

Al respecto podemos señalar que por su direccionalidad, su estructura y los efectos que producen, podríamos ubicar estas intervenciones en el marco de un conjunto de tipos de intervención que Soler (2012) conceptualiza. Dentro de tal esquema, podríamos insertar estas intervenciones bajo la égida de lo que Soler tipifica como *orientación del goce* (*Ibid.*, p.10). Por ellas, pues, vemos operarse un coto al goce que procede por los medios de lo simbólico. En ellas, el analista facilita la moderación de la expansión del delirio al incidir sobre la estructura temporal o espacial (según el caso) del goce. Luego de estas intervenciones, el goce se presenta *orientado*. Es decir, al incidirse sobre su estructura espacio-temporal por los medios de lo simbólico, el goce cobra una localización espacial o una vectorización temporal delimitada, distinta de la de la omnisciencia ("*aquí-pero-asimismo-en-todos-lados*") y de la de lo sempiterno ("*ya-presente-pero asimismo-siempre-presente*"), que caracterizan al *kakon* perseguidor.

Por último, volviendo sobre lo expuesto acerca del lazo social que tal pacificación del delirio mediatiza, nos referimos, entonces, al lugar posible para el analista que así se traza.

Discerniéndolo a partir de lo que plantea Soler (2004), este lugar se presenta como el de una alternancia entre un silencio testigo y el apuntalamiento de un límite al goce. Esto resulta en dos vertientes de la negativización del goce: por un lado, el silencio testigo del analista implica una disyunción respecto del goce, en tanto el testigo no es la autoridad que se pronuncia ni la voz de la ley, sino quien comparece ante la misma. El analista hallará un lugar posible en tanto se presente más bien como un santo que testifica silencioso antes que como aquel que vocifera gozante. Tenemos entonces un contrapunto entre *silencio testigo* y *voz de la ley* (voz que tal vez sea encarnada ante todo por Flechsig en relación a Schreber).

Finalmente, en la segunda instancia de la alternancia en que Soler ubica el trazado de un lugar posible para el analista, el apuntalamiento del límite al goce, encontramos una segunda vertiente del vaciamiento del goce, el planteado por la circunscripción espacial y/o temporal que la barrera y el aplazamiento modulan.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo, hemos buscado localizar dos formas posibles de intervención en los delirios, las cuales presentan potencial estabilizador. Las hemos situado como *barrera espacial* y *aplazamiento temporal* del goce. Estas, por el efecto de negativización que producen respecto del goce, demarcan un vacío (ciertamente no el de la significación fálica que la Metáfora Paterna introduce) que constituye la posibilidad de que advenga un sujeto, lo que también ilustra el tercer esquema de la división del Seminario X de Lacan (1963), en donde la producción del *a* como resto del Otro es condición de surgimiento del sujeto.

Por otro lado, cabe destacar el uso particular que hemos empleado de la realidad. No nos ha importado aquí la confrontación con la

misma (ninguna de las tres intervenciones analizadas va en esta dirección, sino que portan el rasgo compartido de no negar la certidumbre del delirio). Nos ha resultado indiferente cuánto tiene de disímil la realidad del delirio respecto de la realidad compartida del delirio fálico. En cambio nos ocupó la *estructura libidinal de la realidad* y sus relaciones con el tiempo y el espacio, así como el modo en que el lenguaje como negativizador de goce configura tal estructura y ciertos modos de afectarse por el lenguaje.

Destacamos asimismo el lazo social que es mediatizado por tal negativización de goce, dado que si el goce es en esencia autístico y excluye el lazo social, su negativización abre nuevas posibilidades de lazo con el Otro. En un análisis, los efectos de esta intervención implican la inauguración de un lugar posible para el analista tal y como lo discierne Soler (2004, pág. 11): el que se traza en la alternancia entre un silencio testigo y el apuntalamiento de un límite al goce.

NOTAS

[1] En Lacan, la Cosa de Freud, *das Ding*, constituye en las elaboraciones del Seminario VII el antecedente lógico del objeto *a*.

[2] Cabe aquí hacer referencia a ciertas semejanzas con el planteo de Kant (1787) sobre la constitución de la-cosa-en-sí como incognoscible para el conocimiento de los objetos en cuanto fenómenos. En este planteo el espacio y el tiempo son formas puras de la intuición sensible, condiciones *sine qua non* del fenómeno. De todos modos, la reflexión sobre puntos de encuentro y desencuentro entre ambos planteos reclama un examen más detallado, que escapa a los fines aquí propuestos.

[3] Este velamiento del objeto supone, por lo expuesto anteriormente, una previa negativización y promoción del mismo como sede de la recuperación posible del goce negativizado por la castración.

[4] De todos modos, estos planteos no suponen en modo alguno que los delirios sean exclusivos de las psicosis.

[5] Cabe aquí recordar al lector que esta es una de las acepciones del verbo alemán *Verdrängen*, por el que Freud da cuño a la represión (*Verdrängung*)

[6] También lo podríamos definir como no-fijado, en tanto no está fijado como en el instante del fantasma neurótico.

[7] La demarcación de un vacío primordial es lo que fundamenta la posición de Freud como analista en el caso Elisabeth Von R. (posición antitética a la de Flechsig respecto de Schreber, pues sólo a partir de que Freud abre un surco en el saber médico (al no conformarse con lo que este le ofrece y suponer un sentido a ese padecimiento difuso) se lanzan las cadenas de los significantes entre cuyos intervalos adviene el sujeto como sujeto del conflicto, como escindido entre un ansiar sexual y la defensa.

[8] Esta viñeta hace referencia al caso expuesto por Alomo en *La Elección Irónica* (2012)

[9] Entiéndase, concebimos tal posibilidad de advenimiento de sujeto en los más estrictos términos de lo que hemos definido en el primer párrafo. Es decir, hablamos del estatuto de un vaciamiento de goce como *primer paso de la dialéctica del sujeto* y como *condición de posibilidad* del advenimiento de este último, lo cual no implica de ningún modo un advenimiento *de hecho*, sino tan sólo su mera *posibilidad*.

[10] Conviene aquí hacer referencia al Seminario III de Lacan, donde se plantea que mientras que el significante propiamente dicho tiene como propiedad estar encadenado a otro significante al que remite, el significante en lo real tiene la cosa como punto de parada, es decir, aquello que leemos como un punto de real indialectizable por los medios de lo simbólico, un hito de aquello que no cesa de no escribirse.

[11] A propósito de este congelamiento de la dialéctica, recordamos que uno de los puntos estructurales que Lacan aísla de la locura en *Acerca de la causalidad psíquica* (1946) es el de la estasis del ser en una identificación ideal, que se opone a la dialéctica del ser, que no es otra que la dada por el movimiento de la palabra.

BIBLIOGRAFÍA

- Alomo, M. (2012). *La elección irónica. Estudios clínicos sobre la esquizofrenia*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1950 [1895]). *Proyecto de Psicología*. En *Obras Completas*. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.
- Kant, I. (1787). *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Aguilar, 2010.
- Lacan, J. (1966). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. En *Escritos II*. (Ed.2008) Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (1960). *El Seminario VII. La Ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Lacan, J. (1963). *El Seminario. Libro X. La Angustia. 1962-1963*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Lacan, J. (1954). *Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*. En *Escritos I* (págs. 372-373). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2011.
- Lacan, J. (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2011.
- Lacan, J. (1946). *Acerca de la causalidad psíquica*. En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2008.
- Soler, C. (2004). *El inconciente a cielo abierto de la psicosis*. Buenos Aires: JVE.
- Soler, C. (2012). *Estudios sobre las psicosis*. Buenos Aires: Manantial.